

Cuarto pabellón, le llamaban El Penal porque ahí iban los más revoltosos

José Pillaga

SOY JOSÉ ABELARDO PILLAGA CUESTA y tengo 77 años, de los cuales 30 he estado en este hospital. Nací en Suscal, provincia de Cañar. Tuve cuatro hijos, pero tres se murieron. Para no soportar solo la inclemencia de la enfermedad, quería tener tres hijos. Lo pensaba mucho y, sí, esa fue mi decisión. Pero como murieron, tuve uno más. Quería tres, porque pensaba que estaba listo, estaba en una edad en la que ya tenía mucha experiencia de vida. Entonces, quería transmitir eso a los tres hijos. Para hacerlo posible, siempre trabajaba, sobre todo en la carpintería. Cuando he estado bien, he trabajado mucho. Pero siempre he tenido oportunidades de trabajo, así como el apoyo de mi familia.

Mientras vivían mi papá y mi mamacita, ellos me ayudaban. Pero ellos nunca supieron de mi enfermedad. Yo sufrí mucho tiempo cuando estuve en mi tierra. Casi como ocho años pasé sin movimiento y me faltó terapia ocupacional. Es que cuando uno tiene lepra, la terapia y el amor de la familia ayudan mucho a sobrellevar la enfermedad. La terapia es la base principal para un enfermo. Quizá por eso es que a uno lo mandaban a este hospital. Yo vine en 1984. Han pasado 30 años desde que llegué.

Vine después de sufrir mucho y tenía la esperanza de tener un cambio de vida, de que esto pudiera resultar en algo mejor para mí. El clima era más

seco pero, de todas maneras, como me quedé, empecé a trabajar en la carpintería. Llegué luego de hacerme tratar con bastantes doctores. Un día, al ir al hospital Pablo Arturo Suárez, un doctor que ahora trabaja en Santo Domingo, un doctor Yandú, quien estaba de visita en el hospital y había trabajado aquí, me revisó. Me dijo que esta enfermedad se cura en este hospital, pero que la enfermedad se encontraba en un estado crítico en ese momento.

Oír la palabra lepra fue bastante duro para mí. Tuvo efectos en mi vida. Por ejemplo, un día lunes llegó un familiar que estaba estudiando para doctor y había leído mi historial clínico. Y confirmó que lo que tenía era lepra. Desde allí hubo un cambio total en mi vida. Antes de eso, tenía visitas de mis amigos, compañeros de trabajo y familiares en el hospital Pablo Arturo Suárez. Pero una vez que en mi historial clínico apareció el término lepra, la mayoría de ellos se alejó. Muy poco he tenido la acogida de mis familiares.

Estuve primero tres meses aquí, me dieron el alta y me fui. Pero la vida es dura, y regresé. De esa parte prefiero no acordarme. Cuando llegué, esa primera vez, el doctor Garzón era el director y había 90 personas viviendo en el hospital. En esa época, recién estaban adoquinando el sitio, y lo único que había aquí era buenos médicos. Aquí me confirmaron lo de mi enfermedad y me fui rehabilitando, pero no tan pronto. Cuando regresé cinco años después, mi rehabilitación estuvo mejor, pero también porque la atención médica era especializada. Era propiamente para enfermedades de la piel. Antes de eso, muchos médicos me habían sentenciado a muerte con sus diagnósticos. Y no me he muerto, gracias a mi Dios, todavía estoy aquí.

Uno llega aquí sin saber mucho sobre el hospital. Después de que llegué, me contaron que se comenzó a construir en 1920, y que su construcción había durado como cinco años para lo más grande, claro. Pero fue sólo en 1927 que empezó a recibir pacientes. Habían llegado primero pacientes desde un hospital que estaba en Pifo. Incluso, antes del hospital de Pifo, había existido uno llamado San Lázaro y San Juan de Dios. Allí habían vivido muchos más pacientes, pero como estaba en el centro de la ciudad, mandaron a los pacientes con lepra a Pifo, para que estuvieran alejados de la ciudad. Cada ocho días iba un doctor Puertas, esposo de la señora Guillermina de Puertas, a curar a los enfermos allá y a pasar visita. Después, el presidente Isidro Ayora, que dicen tenía un problema en los dedos de la mano, había constatado que mis compañeros estaban muy lejos de la ciudad y que nece-

sitaban estar más cerca. Este hospital había sido antes una hacienda con un bosque bien grande. Tenía como once hectáreas. Luego habían comprado, con un dinero donado a los pacientes, dos hectáreas más, para el área de terapia ocupacional. Pero esto nunca quedó a nombre nuestro. Pese a ser donado para los pacientes, no lo pusieron a nombre de los enfermos. Pudo haber sido un patrimonio del enfermo, con escrituras y todo lo legal. Pero no, lo pusieron a nombre de la asistencia social. Yo me pregunto cómo era eso posible. Si era un regalo para nosotros, ¿por qué pasó a ser parte de la asistencia social? Por eso es que ahora no tenemos nada.

Al entrar aquí, mi primera impresión fue dura. Veía a los compañeros sin dedos, otros dañados de la nariz, otros con pliegues en la cara. Eso era emocionalmente muy fuerte. También, fue muy difícil para mí ver que había un cementerio con tumbas que eran de pacientes. Pensaba: “A mí también me van a enterrar ahí”. Pensaba que nos encerraban para dejarnos morir ahí, porque era una enfermedad contagiosa. Cuando estuve hospitalizado en el Pablo Arturo, pregunté si era una enfermedad contagiosa o no, porque yo no quería que otros sufrieran. Yo quería ser el único y el último enfermo.

Pero en medio del sufrimiento y del miedo fui recibido bien por mis compañeros. Todos eran buenos, pero yo era como una oveja descarriada. Andaba lejitos, como siempre he sido medio independiente, no me acerco mucho a los grupos. Entonces, andaba alejado de todos, y eso, en el estado en el que estaba, hacía todo muy difícil. Pero el director era muy bueno. Por lo menos nos tocaba. Se acercaba para decirle a uno: “M’ijo, hola. ¿Cómo estás?”, o “M’ijo, ya no dé lata”. Y también nos animaba diciendo: “Ya te voy a dar el alta m’ijito, ya para que vayas a casa”. Pero a veces uno se iba de aquí y volvía. Es que es una enfermedad bastante dura.

Una vez que salí, yo ya no quería volver, quería morirme. No quería regresar para oír otra vez esa frase: “Ya te doy el alta, ándate”. Pero me ponía mal y me traían a la fuerza. Una hermana de las Hijas de la Caridad, quien se encargaba de recibir la ayuda, me traía en su carro, a la fuerza, hasta que ya me quedé aquí, porque mi estado era bastante crítico. La enfermedad siguió, no se curaba enseñuida. Necesita de un proceso, es lo que he ido entendiendo. Por fortuna nuestra todo era gratuito, el medicamento, todo. Estuve mal de la vista, necesitaba unos lentes para poder ver qué es lo que estaba tomando. Fui descubriendo, lento, sí, que tenía acceso a ese servicio. Cuando



entré, los servicios que existían eran de medicina general, propiamente para el tratamiento de enfermos de Hansen. Pero también había consulta externa. Ahí ingresé yo primero. Después de eso me pasaron a los cuartos. He estado en distintas habitaciones. He estado arriba, en los pabellones, en el segundo, tercero y cuarto pabellón, que le llamaban El Penal. Le decían así porque ahí iban los más revoltosos.

Y, claro, hay gente que se ha ido por su propia voluntad, ya curada. Creo que, más o menos, han sido unas cuatro u ocho, exagerando, las que se han ido. Otros han muerto. Durante el tiempo que yo llevo aquí han muerto unas 72 personas. Tengo esa necesidad de llevar la cuenta de todo lo que pasa, por eso lo sé. Lo llevo en mi memoria. Por eso la mente me pesa más todavía que el cuerpo, y no me permite estar conmigo mismo. Es que algo esencial en esta enfermedad es la memoria. Sufro porque me siento mal con mi vista y también con mi mente, que no está bien. Son las dos cosas que me tienen truncado.

Hay personas que vi irse y que volvieron para morir aquí, en este hospital. Otros han venido rehabilitados. Pero han sido pocos. La partida de los compañeros es siempre difícil, como humanos que somos, y como compañeros. Es que aquí está nuestra familia. Uno se queda con esa preocupación. Cuando uno es sensible, todavía es más, porque siempre llevamos adentro el recuerdo y también el sufrimiento, un sufrimiento que en mi caso viene desde la niñez. Desde pequeño estuve enfermo. Más o menos, de unos ocho o nueve años había tenido paludismo porque mi papá me llevó a un terreno en la costa. Yo era bien miedoso. Temblaba hasta cuando lloraba un oso, un mono. Yo prendía más velas, ponía más leña en el fogón para que no se acercara el animal.

Estuve hospitalizado en el hospital de Azogues. Ahí hicieron que me pusiera una bata. Como mi familia no vivía ahí, vivía lejos de Azogues, no podía ir. Entonces yo, con esa bata puesta, andaba detrás de otros llorando. Luego tuve más problemas. Me dieron ataques. Decían que era epilepsia, pero parece que no era, porque la epilepsia lo acompaña a uno desde pequeño hasta la muerte. Pero en mi caso, desapareció. Más o menos, desde los 15 hasta los 25 años, los tuve.

También he trabajado mucho, desde tiernas edades. Además, soy nacido en 1938, tiempo de crisis en el país por la guerra de 1941. Entonces mi

papá sufría mucho, también. Tenía que esconder a los animales en los montes, en las quebradas, porque se llevaban los caballos, se lo llevaban todo. Era una época dura. Por todo eso, yo no creo que mi enfermedad haya sido producto de un contagio, sino por falta de una buena alimentación. Pero pasa también que “muchos somos los llamados y pocos los escogidos”. En esto de la enfermedad uno también es un escogido de Dios. Cuando desaparecieron mis ataques, trabajé en un hospital de Cañar como auxiliar, por unos tres años. Yo quería estudiar, pero el señor director de esa época rechazaba a los auxiliares, los trataba muy mal; a mí no, porque yo hablaba con la verdad. Siempre me ha gustado la verdad. Puedo morir en este rato pero con la verdad. Les decía cosas como: “Oye, ven, ¿no viste al burro de tal fulano?” Y a mí no me gustó ese modo de referirse a las personas. Entonces dije: “No, yo tengo que buscar un trabajo independiente, para defenderme por mí mismo y no depender de nada”. Entonces, salí de ahí, me fui a mi tierra, donde yo vivía. Volví a la carpintería, porque de pequeño era como curioso y travieso, entonces me había dedicado a la carpintería. También he trabajado en mecánica industrial y automotriz, pero ahí no pagaban la semana y cuando no pagan y uno no tiene para comer, es duro.

Después, ya formé mi hogar, a los 30 años. Pero se me murieron los hijos, lo más querido. Y luego, ya no tenía fuerzas, me daba dolor de huesos. Era por la enfermedad de la lepra, pero los médicos no sabían qué era. Lo único que curaban era su bolsillo, nada más. Por eso, se me iba acabando casi todo lo que tenía.

Fui entonces donde una hermana. Un día ella me dijo que comprara un terreno que una señora estaba vendiendo. Y aunque ya pasaba más tiempo en cama, acostado, compré unas dos hectáreas de terreno. Lo compré con lo que conseguí de la venta de un ganado, y también con lo que pedí a un señor que era prestamista. El terreno estaba bien abonado. Tenía también unas maderas que usé para mi trabajo de carpintería. Sacaba la madera, lo abonaba y también lo regaba. Así, lo cuidaba y cultivaba. Un día incluso le dije a un hermano: “¿Por qué no me traes unas plantas de hortalizas, para sembrar?” Él me trajo y después de un tiempo tenía de todo en ese huerto. Era un huerto de 20 por 20. ¡Qué lindo que lo tenía! Sólo que nunca vendía los productos. Era un huerto familiar. A veces también regalaba, pero nunca vendía nada.

Pasé ocho años imposibilitado en mi tierra, y ya cuando compré el terreno, fui rehabilitándome. Entonces me compuse un poco y quise salir. Pensaba que tal vez no me hacía bien el clima, porque escuchaba decir a algunas mujeres que les hacía daño el clima húmedo. Había mucha humedad y eso me afectaba más. A veces había agua, incluso debajo de mi vivienda. Me vine entonces para acá. Como aquí trabajan unos primos, vine y me puse yo también a trabajar. Me fue bien. Ya en la primera semana cobré, comía bien, y todo iba muy bien porque semanalmente cobraba. El ingeniero que era quien dirigía ese sitio donde trabajaba, vio mi desempeño y lo apreciaba. Trabajé unos ocho o diez años, pero otra vez me agravaba. Siempre tenía que estar donde los médicos. Iba generalmente a la clínica La Merced, donde me atendía.

En el Pablo Arturo me trataban por diabético, pero yo pedía al médico tratante que me viera en consultorio. Hasta que en 1984 me mandó a morir, dijo: “Ya no tenemos nada que hacer, no doy con su enfermedad. Al final, de algo tenemos que morir”. Y han pasado ya 30 años y no me he muerto. En el Pablo Arturo, cuando llegó el resultado de este hospital que decía que tenía lepra —porque en ese tiempo así le llamaban— el auxiliar que me cuidaba se apartaba de mí, se colocaba lejos, haciéndose para atrás, para que las cobijas de mi cama no tocaran su mandil. Fui grabando en mi mente muchas cosas de este tipo que pasaban.

Tenían mucho miedo en el hospital. Un día ese auxiliar me dijo: “Ya levántate, arregla tú mismo la cama”. Antes de que supieran mi diagnóstico me atendían muy bien. Entonces me trajeron acá en noviembre de 1984. Recuerdo que el doctor al que pregunté si la enfermedad era contagiosa o no, me dijo que me fuera a casa, a morir allá, le dije: “¡No!, no me quiero morir aún. Yo quiero venir a morir en un hospital, no en la casa”. Lo mejor de mi vida se ha ido aquí. Pienso en que antes, pude haber hecho algo para mi hogar, para mi familia, o para mí mismo. Pero ya no tuve esa oportunidad. Siempre es complicado ser enfermo, es duro.

Pero también ha habido cosas buenas. Por ejemplo, yo representé a mis compañeros mucho tiempo, casi 20 años. Representaba a los varones. Lo único que pedía a Dios era que pudiera hacerlo bien, hacerlo con transparencia, para todos. Que si había algo para compartir, que lo hiciera con sabiduría. En algunos casos no podía darles a todos por igual. Por ejemplo, si se tenían 20

110 gallinas, que significan 40 piernas, y había que servir a 60 o 70 personas, y todas querían pierna, pues era imposible. Ahí, había que ser cuidadoso porque se creaba una situación en la que la gente pensaba que yo daba preferencia más a unos que a otros. Todas esas cosas las tengo escritas en mi agenda. Yo llevaba una agenda, y también un libro de actas. Iba anotando las cosas buenas, como también las malas. Por ejemplo, tengo el registro de compañeros, con sus nombres, sus defunciones, los estudiantes que venían a hacer labor social, su descripción física, si eran bajitos, si eran blanquitos, todo anotaba. Tengo registrado que 72 compañeros han muerto y que 24 eran del hospital de Pifo. Junto a eso anoté pensamientos que me venían a la mente. Gracias a que llevaba estas agendas, sé que el 26 de noviembre de 2003 hubo una reunión de los compañeros, y que el asunto era la tienda.

Quizá escribir me ayudaba a distraerme. A olvidar lo que he vivido, que mi familia se quedó destrozada cuando tuve que venirme aquí. A no pensar que si no trabajaba, como yo era el eje de la casa, todo sería más duro. Una de mis hijas preguntaba: “¿Cuándo mi papá trabajará para tener un pan?” Cuando viene eso a mi memoria, lloro. Lloro porque ha sido todo duro. Porque no he podido ver un futuro. Ha sido bastante agobiante verme aquí, y saber que no había casi futuro. Si yo hubiese sabido que iba a estar enfermo, ni me hubiese casado porque no hubiera querido que mi familia sufriera. Pero, como no sabía, formé mi hogar y tuve a mis hijos, y se murieron y, con ellos, también nosotros.

Antes de que comenzara esta enfermedad, tuve novias, pero siempre me gustaba consultar con mis papás, les preguntaba: “¿Será buena tal fulana?” Tampoco es que fuera mujeriego. Tuve unas dos o tres novias antes de casarme. Me acuerdo de sus nombres, pero me pregunto: “¿Será bueno acordarse?” Luz María, Ana... luego ya me casé con Lilia.

Cuando vine aquí, le pedí autorización al señor director para traer a mi hijo, pero no a mi señora. A mi hijo, para enseñarle a trabajar, para que no se desperdiciara, abandonado a una difícil edad, porque más o menos tenía unos 14 o 15 años. El doctor lo autorizó y pasó conmigo mucho tiempo, pero cuando vi a una chica que estaba interesada en él, le dije: “No, hijito, tú te vas donde tu mamá, ¡te tienes que ir!” Ahora ya tengo hasta nietos, cuatro. Están bien todos. Los varones ya están trabajando; la mujercita, no todavía. Eso ha sido una bendición.

Mi señora ha venido siempre a visitarme. Ella siempre ha estado conmigo en las buenas y en las malas. Me ha ayudado en cualquier problema, e incluso en cirugías. No le permití trabajar durante el tiempo que viví con ella, antes de venir acá. Pero ya después, tuvo que trabajar. Trabajaba y, últimamente, como era madre voluntaria en una guardería, la corrieron. Le dijeron que estudiara o que se fuera a casa y, ella, como ya tiene su edad, no pudo estudiar, así que la corrieron.

La conocí cuando regresé a mi tierra después de trabajar en un sector de la costa. Me tuve que regresar porque mi mamá estaba muy delicada de salud. Yo era el mayor de los hijos y debía hacerlo. Yo quería formar un hogar para por lo menos tener hijos. Mi hermano me decía: “Cásate con tal fulana, es bonita, cástate”. Mi hermana también decía: “Oye, la fulanita también es linda”. Para mí no eran lindas, no. Pero cuando vi a Lili, sabía que ella era. Lili era simpática, una señorita de su hogar. Estaba bien enamorado. Los padres eran diferentes, una familia tranquila, no eran ni peleones, ni borrachos. Entonces dije: “Aquí está mi pareja”, y empecé a salir con ella. Conversé con mis papás. Les dije a mis papás, y me contestaron: “Hijo, está bien, está bien”. Luego conversé con mis hermanas y hermanos, todos me apoyaron.

Pasó más o menos un año antes de que nos casáramos. Ahora las cosas han cambiado en el hospital. Las casas que hay son solamente para el enfermo. Hasta hicieron un comité llamado ProHansen. Este comité consiguió que se arreglaran las casitas. No están muy bonitas, pero están arregladas, aunque sí tienen goteras. Mi esposa antes podía venir los sábados, a lavar la ropa, a cocinar juntos, y se quedaba hasta el domingo. Hacíamos una comida, pero últimamente ya el director dijo que no, que ya sólo puede venir en horas de visita. Entonces están destruyendo nuestro hogar.

En tres años cumpliremos nuestro 50° aniversario de matrimonio. Creo que hemos durado tanto juntos porque no es un hogar como los actuales, sólo por interés personal o interés material. No, es un hogar que se formó para las buenas y las malas. No es el sexo, esas cosas son muy aparte. Para mantenerlo siempre tuvimos que vernos uno al otro con amor, con cariño, con respeto. Lilia es el amor de mi vida. Y yo siempre he sido un hombre fiel, siempre he mantenido mi palabra con ella. La vida juntos ha sido muy buena, me ha hecho mucho bien la compañía de Lilia. Es mi compañera de vida, como si fuéramos una sola persona.



Tengo guardados tantos buenos recuerdos con ella. El más lindo es de cuando me dio una respuesta que fue una sorpresa para mí. Cuando ya vine acá, un día hablábamos sobre mi enfermedad y le pregunté: “Yo he tenido tiempo para pensar en nosotros, en nuestra relación, ¿y tú, qué has pensado? Quiero que seas franca, sincera, di la verdad”. Ella respondió: “Quiero que vuelvas a la casa”. Como pareja, hemos trabajado juntos, ella también ha trabajado. Vivimos juntos aquí sólo por una temporada. En ese tiempo, en su trabajo en la guardería, no aceptaban a una hija que tuvimos con discapacidad. Entonces tuvo que quedarse aquí por un año. Ella iba al trabajo y yo me quedaba con la niña. Ahí trabajó como 20 años, y cuando la corrieron, no recibió ninguna utilidad. No tenía seguro social, no tenía nada. Ella trabajaba hasta sábados y domingos.

Más que la enfermedad misma, lo que ha afectado la relación es los límites que nos han puesto. Aunque, claro, en lo íntimo, sí tuve durante un rato un problema de hipertensión. Ahí sí, un poco, me retiré de ella, pero aparte de eso, todo ha sido normal.

Después de mirar rápidamente mi vida, me pregunto qué futuro puedo tener a esta edad. Me bloqueo de la mente; la vista no me favorece; estoy operado de ambos ojos y con uno ya no veo. ¿Qué futuro puedo tener? Tendría un futuro si estuviera en condiciones para trabajar, para hacer algo, para tener un hogar, para darle algo a mi familia. Ahora yo soy igual que las aves del cielo. Ellas no trabajan, no guardan en graneros nada, pero viven, y yo soy igual. Yo he luchado tanto por el hospital, pero ahora me bloqueo y me quedo ahí. Converso sobre algo, me salgo de ahí y voy a otra cosa, ya no puedo. He defendido los terrenos, he defendido cuando querían hacer casas para los médicos, he luchado siempre con la ayuda de alguien para que no se nos perjudique. También formamos una asociación para poder defender nuestros derechos, como humanos que somos y merecemos.

Nunca he querido que se haga público lo que hago. No he querido salir en fotos, por ejemplo, porque después de que me muera, alguien va a verme ahí y va a decir: “Aquí ha vivido, ahí está la foto”. También puede ser que las personas que vienen a tomarnos fotos las usen con otras intenciones. Si fuera para ayudarnos, claro que lo permitiría. Pero no nos ayudan. Por ejemplo, el gobierno está ayudando a algunas personas aquí en este hospital, lo hace con un bono de 50 dólares, que es una ayuda. Pero en general,

114 nos dan diez dólares al mes. Si hacemos la limpieza, arreglamos los jardines, son cuatro dólares que nos pagan al mes. Eso, creo yo, no lo merecemos como humanos que somos. Estoy resentido por todo eso. Este hospital debe mantenerse, pero ofreciendo condiciones humanas. Porque ahora ya no dan amor para el enfermo de lepra. Creo que dicen: “Ya, que se mueran allá, en su finca, lejos”.

Este hospital debería de mantenerse porque aquí hay personas que han vivido hasta 70 y más años. Deberían mantenernos con amabilidad, con más amor, más cariño. Es verdad que no somos doctores, artistas, cantantes, futbolistas, para que nos reciban bien. Nosotros que hemos sufrido, creo que merecemos más que ellos. Porque nosotros sabemos lo que es dolor, sabemos lo que es no comer, sabemos lo que es no tener dinero, lo que es vivir como encarcelado. Porque esto, para muchos, ha sido peor que una cárcel, nos han tratado como a unos criminales. Y por último, deberían de cuidar de este hospital para que podamos morir en paz y en tranquilidad. Sólo eso pediría a estas alturas de mi vida.

De acuerdo con la Ministra de Salud, ya los pacientes no deben permanecer en el hospital. Dijo que estamos en el siglo XXI. Me da tanta tristeza escuchar esas cosas. ¿Qué culpa tenemos de estar en el siglo XXI? Es como si estuviéramos en el siglo I, por la forma en que nos tratan. Estamos en el siglo XXI, pero aún vivimos despreciados, abandonados. Si tanto se vive en el siglo XXI, que nos den la tranquilidad de poseer legalmente las viviendas que arreglaron con el grupo ProHansen, y que nos dejen morir en paz. Claro que también es culpa de nosotros, porque no nos hemos organizado. Aquí nos apoya el gobierno con la alimentación, con el tratamiento, un poco, las recetas —que, por cierto, tengo archivadas todas las que he recibido durante mi enfermedad. Tengo todo guardado, las hojas de los permisos que nos dan, las recetas, cosas que han sido mías durante estos 30 años que he estado aquí, lo que yo he ido comprando, lo que he adquirido o me han regalado. Esto lo hago por si algún día me tengo que ir y tenga que demostrar lo que es mío. Para poder llevar mis cosas, debo pedir autorización, eso es un absurdo. No quiero llevarme las cosas de este hospital. Es una institución a la que hay respetar. Pero yo he adquirido una cama, una almohada y un mantel. También, una señora nos regaló cubrecamas, cuatro sábanas, forros de almohadas y otras almohadas chiquitas. Nos dieron unas jarras, también.

Entonces, yo pregunto: “¿Qué obtengo con una jarra? ¿Qué obtengo teniendo una sábana, de esas más malas que hay, o con un cubrecama?, si lo que quiero y necesito es salud”.

A esta edad, las cosas materiales ya no nos interesan, hemos dejado todo y seguimos los pasos de Jesús. Cargamos la cruz pesada durante toda nuestra vida. Yo he recibido muchos desprecios. Aquí me han negado el teléfono, me han negado la salida, en una farmacia no me vendieron medicina para mi hija. Me han dicho que estoy drogado. Porque han traído a jóvenes con problemas de drogas a vivir aquí. Los drogados tienen ahora suerte, pero el enfermo de lepra no. Ellos están bien atendidos. A nosotros tantas veces ya nos han amenazado con que nos van a correr. Y pregunto: “¿A dónde voy a ir?” Mi señora es una persona ya de edad que no tiene ni seguro social. Entonces, pregunto: “¿Por qué todas estas injusticias?”

24 de septiembre de 2014